

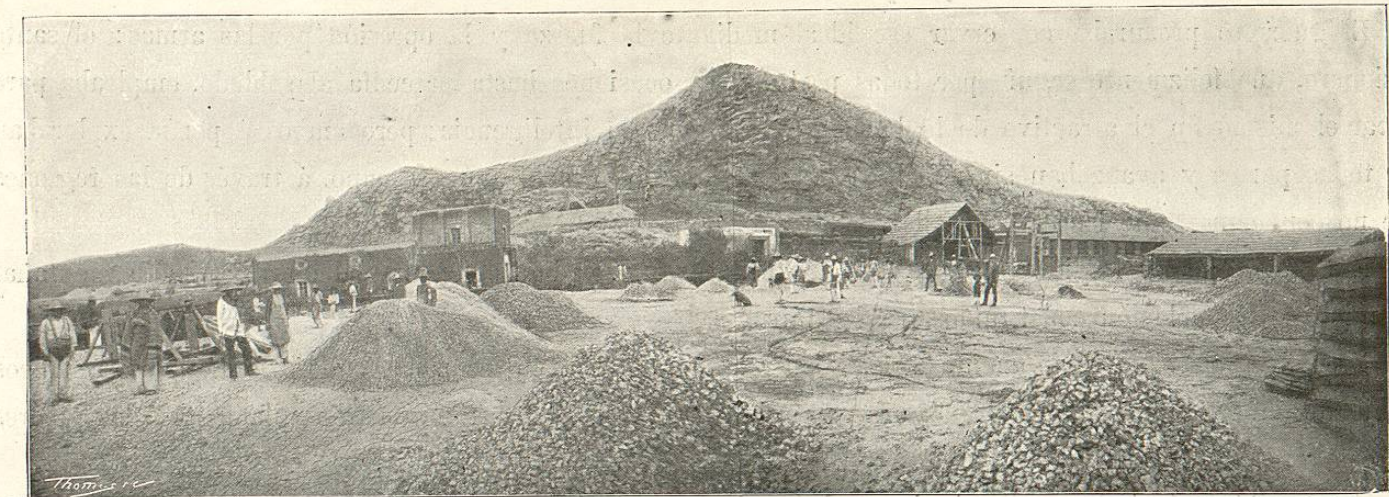
aislamiento en que habían vivido del resto del mundo, los aztecas habían llegado á realizar notables adelantos.

Entre ellos, así como entre los muiscas de Nueva Granada, los peruanos y los habitantes de la región que ahora se llama Ecuador, «presentaba verdaderos progresos, fuera de otros ramos en que también se distinguieron, la fundición de los metales preciosos.»

Respecto de este punto, dice Orozco y Berra que «en Quito se conservaron por muchos siglos, en cajas reales, obras preciosas de platería americana,» y que «hace pocos años, por un sistema de economía, que pudiera llamarse bárbaro, fueron fundidas esas obras, que probaban que muchos pueblos del Nuevo Continente habían alcanzado una altura de civilización muy superior á la que generalmente se les atribuyó.»

Pero en las leyes que rigen á los movimientos del oleaje humano, estaba escrito que esa civilización habría de chocar con otra más general que vendría del lejano Oriente.

Y, en efecto, llegó hasta las costas del Anáhuac la ola invasora que poco antes se había detenido en



Zacatecas. — Mina «La Cantera»

Cuba, y en la cresta de esa ola venían unas cuantas naves, y en esas naves unos cuantos hombres, y al frente de esos hombres el jefe español, impresionable y enérgico, que realizó la conquista.

Cuauhtemoc fué la encarnación viviente de las grandes cualidades guerreras del pueblo azteca.

Con él derrumbóse para siempre, con estrépito terrible, aquel poderoso imperio, y comenzó para México la segunda é interesante etapa de su historia bajo la dirección del célebre Hernán Cortés, que fué también representante de la nación más batalladora de la época.

II

ÉPOCA COLONIAL

Del imperio azteca pasamos á la colonia española, y en materia minera se transformó y creció la exploración, apenas comenzada por los primitivos pobladores del Anáhuac.

Aquella vasta y minuciosa investigación de todo el territorio, se lleva á cabo con inaudito tesón por los hábiles é incansables gambucinos de la época colonial. De la explotación rudimentaria por el fuego, del oro, de la plata y del cobre, se llegó al torrente caudaloso de metal blanco, lanzado por los españoles á la circulación monetaria universal. Por todas partes se descubren en nuestra República las huellas de los trabajos mineros de aquel entonces; labores que, andando los tiempos, habrían de ascender hasta las célebres explotaciones de Compostela, de Zacatecas, de Sombrerete, de Guanajuato, de Taxco y de Pachuca.

¿Qué fué lo que impulsó á los españoles á explorar casi todas nuestras montañas en busca de criaderos

minerales? ¿Fue tan sólo el hipo de oro, á que se refiere, en su acerba crítica del conquistador, el Padre Las Casas?

Es indudable que debén haber sido varias las concausas del movimiento.

El afán del lucro personal, que tantas y tan hondas y tan irreparables injusticias les hizo cometer; el deseo colectivo del enriquecimiento de la patria española, á la que enviaban periódicamente grandes remesas de los metales preciosos; el ahínco característico de cada español, en aquella época, de superar á los demás en la realización de las más grandes hazañas.

Cuando no les era posible ir á la guerra, lanzábanse á la lucha contra la naturaleza y contra lo desconocido en las abruptas montañas de los territorios nuevos.

La guerra misma les impulsaba á la exploración y al trabajo de los criaderos de cobre y de estaño, con el fin de proveerse de los metales entonces necesarios para la fabricación de los cañones.

Por otra parte, fué notable aquella ansiedad constante é impéiosa que sentían todos de cooperar con su esfuerzo al engrandecimiento de la conquista.

El guerrero procuraba conservar ese ideal mediante la fuerza y la opresión por las armas; el santo misionero, que felizmente seguía por todas partes y en ocasiones hasta precedía al soldado, empleaba para lograr el mismo fin el atractivo de la bondad y la luz de la inteligencia; pero ambos á porfía exploraban por todas partes y avanzaban sin vacilar, con la espada ó el crucifijo en la mano, á través de las regiones que no conocían y que les eran hostiles.

Era mucho menor la dificultad con que, en país enemigo, podían defenderse allá arriba, en la montaña, los núcleos de población constituidos por los mineros.

Y es digna de tomarse en cuenta la facilidad relativa con que en las zonas concéntricas de esos núcleos y bajo su amparo llegaban á establecerse los naturales pacíficos, consagrándose tranquilamente á las labores del campo.

Era posible así el desarrollo de los trabajos de la agricultura, en un radio tanto mayor cuanto más importante y activa fuera la explotación minera, porque les servía de poderoso y eficaz estímulo la seguridad del consumo creciente del real de minas.

Además, faltando por completo vías de comunicación fáciles y baratas, deben de haber calculado muchas veces que, en aquellos caminos de herradura, sólo podían resistir la carestía de los fletes las barras de los metales preciosos.

Por último, éstas en muy pequeño volumen representan un valor muy considerable, y podían, por lo mismo, concentrarse con ellas muy grandes capitales.

Esto ha de haberles hecho pensar que constituían el único producto capaz de sufragar los gastos necesarios á su defensa durante el transporte, en aquella época de inseguridad, de asaltos y de guerra.

Tales deben haber sido, probablemente, los motivos principales de aquella busca infatigable y de aquella creciente explotación.

Exploración defectuosa, porque le faltaban los prudentes y atinados consejos de la ciencia geológica actual; explotación deficiente, porque no se contaba para dirigir sino con los rudimentos de la mecánica y de la física. La química vino después.

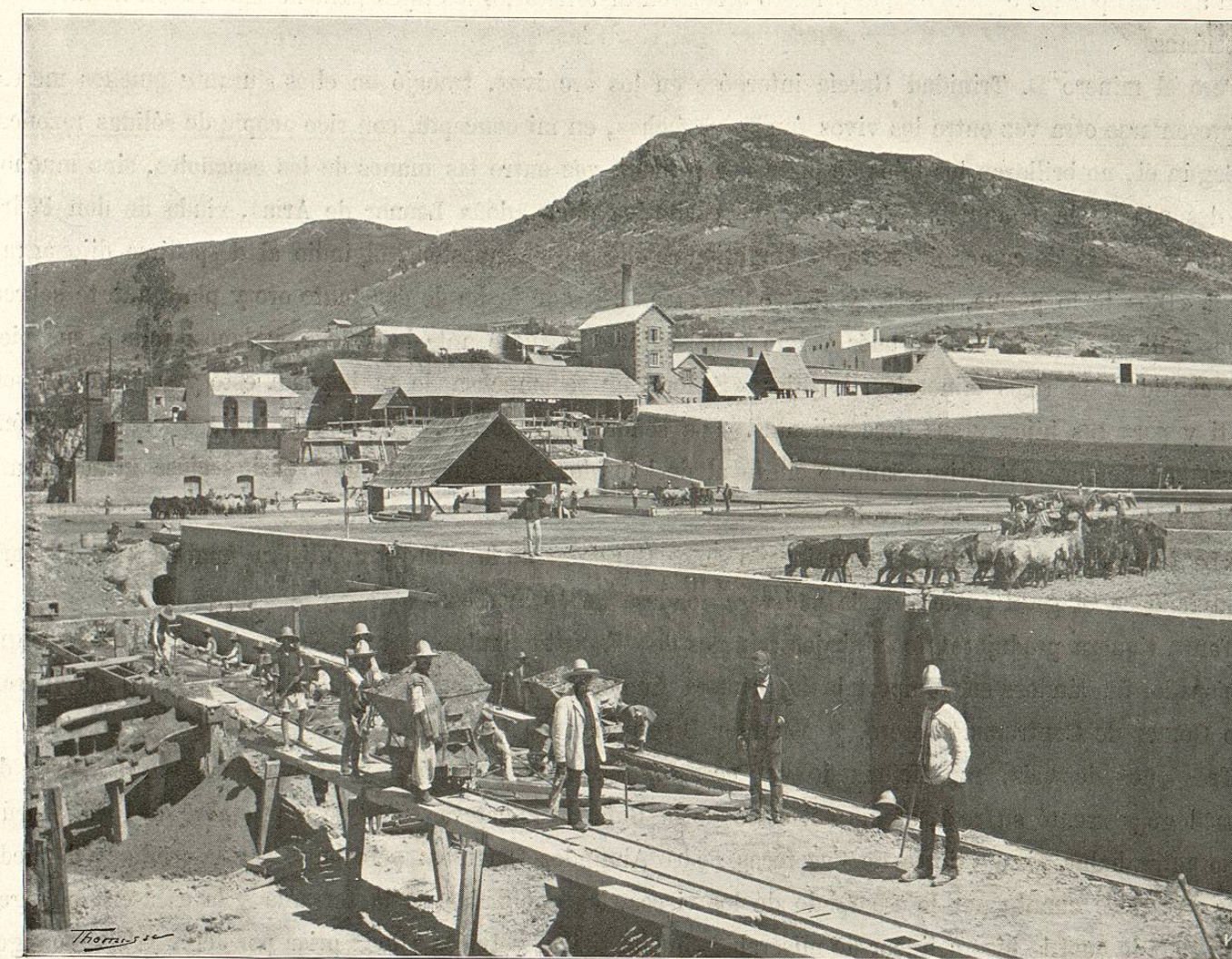
Y tampoco podían fundar su administración en los grandes pero modernos adelantos de la estadística y de la ciencia económica.

Sin embargo, en los terrenos vírgenes algún premio alcanza, por la extensión de los cultivos, el agricultor imperito. Y en la industria minera, los placeres ó yacimientos superficiales y las labores á tajo abierto y á pequeña profundidad, algún resultado benéfico producen también en pago del incansable trabajo del minero indocto.

Y como nunca se cansaron, grandes pagos obtuvieron. En ésta como en todas las materias no podían traer los españoles sino aquello que poseían. Su riqueza científica no estaba constituida sino por los conocimientos generales de aquellos tiempos, en los que apenas comenzaban á percibirse algunos tímidos rayos de la claridad que esparcen ahora las ciencias experimentales.

Sin embargo, comparando sus trabajos con los de la época anterior, nos trajeron muchos adelantos. En lugar del fuego azteca emplearon, para desagregar las rocas, la explosión de la pólvora europea. A las mazas de piedra y las de bronce, para efectuar los trabajos, substituyéron, impulsándolos con ellas, las herramientas de hierro. En la extracción de los minerales, se reemplazaron con los tornos las espaldas de los obreros.

Y al presentarse en las excavaciones el gran enemigo de ellas, el agua, que es al mismo tiempo el más benéfico colaborador del agricultor inteligente, no se sintieron obligados al abandono de su explotación minera. Importaron pequeñas bombas y con ellas desaguaron las labores, y ya en seco, su trabajo inteligente les permitió llegar después á mucho mayores profundidades.



Pachuca. — Hacienda de beneficio de Guadalupe
(De fotografía de Briquet)

En cuanto á las labores de la superficie, emplearon el hierro para triturar las piedras minerales, y las tahonas para pulverizarlas; con los hornos castellanos engrandecieron la fundición, y hasta donde la época lo consintió, mejoraron por notable modo la naciente metalurgia mexicana.

Parece demostrado que fueron las exigencias de la guerra las que dieron el primer impulso á los trabajos mineros en la época de los españoles.

Hernán Cortés, en una de sus cartas al emperador Carlos V, dándole conocimiento del hecho, expresó así: «No hay cosa que más los ingenios de los hombres avive que la necesidad.» «Me di mucha prisa á buscar cobre, y di para ello mucho rescate para que más aína se hallase; y como me trajeron cantidad, puse por obra un maestro que por dicha aquí se halló, de hacer alguna artillería, é hice dos tiros de medias culebrinas.»

Como es natural, las fabricó de bronce ó liga de cobre y del estaño, y de este último metal «topó entre los naturales de una provincia que se dice Tachco, ciertas piecuelas de ello, á manera de moneda muy delgada, y procediendo por mi pesquisa, hallé que en la dicha provincia, y aun en otras, se trataba por moneda.»